

- (4) v es una función con dominio $F \times T$ y rango igual a R^3 que puede derivarse parcialmente con respecto a sus argumentos
- (5) ρ es una función con dominio igual a F y rango en los reales positivos
- (6) G es una función con dominio igual a F y rango igual a R
- (7) p es una función con dominio $F \times T$ y rango igual a los reales y que puede derivarse parcialmente con respecto a sus argumentos espaciales
- (8) para toda f en F y toda t en T

$$D_t v(f, t) + (v(f, t) \text{grad} v(f, t)) = -\frac{\text{grad} p(f, t)}{\rho(f, t)} + G(f)$$

Las estructuras que satisfacen los axiomas de definición del predicado conjuntista anterior son los modelos de la hidrodinámica de fluidos ideales y constituyen, interpretadas físicamente, las aplicaciones efectivas de esta teoría física. Los modelos potenciales son las estructuras que satisfacen los axiomas (1)-(7), y de las cuales tiene caso averiguar si satisfacen igualmente la ley fundamental postulada como el único axioma propio, (8), es decir, determinar si son sistemas hidrodinámicos de fluidos ideales. Por último, los modelos potenciales parciales son aquellas subestructuras que satisfacen los axiomas (1)-(6), modificando (1) por la eliminación de p . Estas estructuras corresponden a los sistemas empíricos descritos independientemente de la hidrodinámica de fluidos ideales, esto es, sin usar los conceptos teóricos de ella, pero que extendidos, por adición de p , constituyen realizaciones posibles de dicha teoría.

JOSÉ LUIS ROLLERI

Roderick Chisholm, *Brentano and Intrinsic Value*, Cambridge University Press, 1986, xii + 105 pp.

Se podría decir que R. Chisholm es de Brentano lo que M. Dummett es de Frege, a saber, su máximo difusor e intérprete en el foro de la filosofía anglosajona. Frege, sin duda gracias a Dummett, ha recibido mayor atención y opinión favorable que Brentano, quizá a pesar de, o quizá debido a Chisholm. Esta desatención es, en mi opinión, injusta. No porque Brentano sea mejor o peor filósofo que Frege, sino porque es tiempo ya de revisar la "versión oficial" de la historia de la filosofía analítica, hecha tan prematuramente y tan a las carreras. Dentro del contexto de esta labor revisionista

—en la que ya no se considera a Frege como el creador *ex nihilo* de la escuela analítica—, la obra de Brentano surge como una figura importante en el meridiano histórico de esta corriente filosófica.

Brentano and Intrinsic Value es el último de una serie de libros en los cuales Chisholm se ha dedicado a traducir, explicar y analizar el pensamiento de Brentano.¹ El resultado es, en mi opinión, bastante satisfactorio. Se trata de una obra que muestra su madurez, de un libro compacto y claro. Sin embargo, no es un estudio donde encontremos una crítica o un análisis minuciosos de las tesis de Brentano. Dudo que se hubiera podido lograr más de lo que Chisholm logra en un libro de apenas cien páginas; no obstante, no puede dejar de sentirse, después de su lectura, un resabio de excesiva tolerancia. Si la virtud principal del libro es exponer de manera sucinta y sencilla un sistema filosófico tan complejo y rico como el de Brentano, su defecto fundamental es no presentar sus problemas y contradicciones.

Aunque el libro que reseñamos se ocupa de la llamada teoría del valor intrínseco,² la exposición de Chisholm rebasa con mucho este ámbito, ya que el entendimiento de la mencionada teoría exige una comprensión previa de las tesis principales de la metafísica y la epistemología del filósofo vienés. Brentano es un pensador difícil y en ocasiones oscuro. No cabe duda que Chisholm presenta sus ideas con transparencia; sin embargo, esto no las hace menos lóbregas. Mi intención en esta reseña es proyectar el marco de oscuridad sobre el cual transcurre la clara exposición de Chisholm.

En combinación con su teoría del valor intrínseco, la psicología moral de Brentano contempla nuestras emociones y creencias morales como objetivas y veritativas. La ética de Brentano se basa, por tanto, en la actitud y emoción adecuada del sujeto moral ante aquello que tiene un valor intrínseco, es decir, ante aquello que es bueno o malo como un fin y no como un medio. Aquí, como en muchas otras ocasiones, Brentano es un seguidor de Aristóteles; algo tiene un valor intrínseco cuando lo tiene en sí mismo y no en función del interés o conveniencia de algún sujeto. Hemos dicho que a la par de sostener la existencia de valores objetivos, Brentano mantiene que nuestras emociones de aprobación —digamos el amor— y no sólo nuestros juicios de valor son correctos o in-

¹ Un antecedente de este libro se encuentra en el ensayo de Chisholm, "Brentano's Theory of Correct and Incorrect Emotion" (1966), reimpresso en la compilación de Linda Mc Alister, *The Philosophy of Brentano*. Para la interpretación que hace Chisholm de la epistemología de Brentano ver, por ejemplo, el capítulo once de su famoso estudio *Perception*.

² Expuesta principalmente en *Vom Ursprung sittlicher Erkenntnis* y traducido al inglés como *The Origin of Our Knowledge of Right and Wrong*, por el propio Chisholm.

correctos. Pero ¿cómo pueden ser nuestras emociones correctas o incorrectas si por lo general no están formuladas de una manera proposicional? En este punto la doctrina de Brentano se separa de cualquier otra teoría realista acerca de los valores. En opinión de Brentano nuestra sensibilidad moral y nuestros juicios de valor son objetivos y veritativos; sin embargo, esto no es el resultado de la existencia del bien como un universal platónico o de la bondad como una propiedad poseída por algunos hechos o cosas. Brentano no puede ser un realista con respecto al valor intrínseco (como algunas veces ha sido presentado) porque, en su opinión, no es posible defender la existencia de los valores, ni como universales, ni como propiedades. Al mismo tiempo Brentano considera que ningún juicio moral es de la forma sujeto-predicado, ya que, desde su punto de vista, ningún juicio, ni ninguna proposición, moral o no, tienen tal forma. Es por esto que nuestras emociones y juicios morales son calificados como correctos o incorrectos desde un mismo criterio. Sin embargo, el criterio no es, no puede ser, realista.

Brentano, a diferencia de su maestro Aristóteles, es un sutil oponente del realismo (quizá tan sutil que ni él mismo se da cuenta de serlo). La realidad, según Brentano, no está compuesta de sustancias y accidentes, sino solamente de individuos. No hay, en este universo, *propiedades*; no hay, por tanto, *predicación*. Brentano defiende una teoría del juicio sumamente interesante, en la cual la totalidad de nuestros juicios, sin importar su aparente forma lógica o complejidad estructural, son analizados como relaciones binarias entre un sujeto y un particular (que puede ser simple o complejo). Creer que *P* (para cualquier posible instanciación de *P*) es, para Brentano, contemplar *P* y aceptarlo. En concordancia con su metafísica y su teoría del juicio, Brentano mantuvo que la verdad de nuestras creencias no es el resultado de su correspondencia con ciertos eventos o del hecho de que ciertos objetos tengan ciertas propiedades, sino de la corrección immanente de nuestros propios juicios, de su evidencia. Brentano no cree en una teoría de la correspondencia, no cree que la verdad dependa de algún modo de un mundo independiente de nuestro pensamiento. En su opinión, aquello que uno ve como evidente es verdadero y la evidencia de un juicio es algo inmediatamente reconocible e incuestionable. Preguntarse si aquello que es evidente corresponde o no con los hechos es —como diría Wittgenstein en *On Certainty*—³ andar en círculos. Sería como buscar arena en el desierto. Sin embargo, Brentano no aceptaría ser catalogado como un idealista. Lo que

³ Ver L. Wittgenstein, *On Certainty*, parágrafo 203. No cabe duda que hay semejanzas interesantes en el tratamiento de la noción de evidencia hecho por Spinoza, Brentano, Moore y Wittgenstein.

es evidente para mí —diría, casi en un juego de palabras—, lo es para todo el mundo, de otra manera no sería *evidente*. Podríamos criticar esta doctrina diciendo que sería equivalente a abandonar cualquier noción *sólida* de verdad. A lo cual Brentano respondería que esto no es una desventaja de su doctrina. Para él, decir que una creencia *es* verdadera no es decir algo *acerca de* esa creencia, no es atribuirle una propiedad distintiva; tampoco es decir nada con respecto de mi sentimiento de credulidad; es sólo decir que no hay evidencia objetiva en contra de tal creencia; es sólo otra manera de expresar su corrección intrínseca, su incuestionabilidad. Esta teoría de la verdad, tan interesante como cuestionable, es la parte axial de la filosofía de Brentano. Es, por decirlo de algún modo, el campo de batalla en donde su sistema filosófico vencerá o será derrotado.⁴

Chisholm expone las teorías de la verdad y del juicio de Brentano en dos de los siete capítulos de los que consta su libro. Como dije, la presentación de ambas teorías es necesaria para poder explicar de qué manera Brentano defiende la tesis de que nuestras emociones son correctas o incorrectas. Este no es el lugar adecuado para proponer una crítica de dichas teorías, o de la interpretación que Chisholm hace de éstas; sin embargo, debo señalar las graves inconveniencias que presentan, ya que vamos a encontrar problemas análogos cuando, más adelante, consideremos su defensa del valor intrínseco y de la corrección de las emociones. En mi opinión, la teoría de la verdad de Brentano, lo mismo que la teoría *meinongiana* de la subsistencia, son engendros desagradables de la doctrina de la *intencionalidad*. Es claro que si algo está mal en el sistema filosófico de Brentano es su defensa férrea e incondicional del *dictum*: “pensar es pensar acerca de *algo*”. Defender esta doctrina a capa y espada y en todos los casos tiene como consecuencia la introducción de tesis y teorías alejadas del sentido común. En el fondo de la filosofía de Brentano yace un idealismo socavado. Esto se advierte con claridad en su definición de existencia: la define como aquello que un sujeto acepta con evidencia.⁵ Esta concepción tiene dos consecuencias importantes para su sistema:

(1) que la realidad tiene que definirse en función de un sujeto actual o posible;

⁴ Sólo conozco un texto de calidad donde se libra la batalla, el intrincado y difícil libro de Gustav Bergmann, *Realism: A Critique of Brentano and Meinong*. Y de R. Aquila, *Intentionality*, es un excelente análisis que detecta los problemas, aunque no ataca a fondo. El estudio de Jan Szrednicki, *Franz Brentano's Analysis of Truth* no es más que una buena exposición acrítica.

⁵ *Theory of Categories*, p. 24.

(2) que el particular Pegaso-no-existe existe, ya que es aceptado con evidencia.

Una consecuencia de (1) es que si algo es un objeto, es decir si algo existe, entonces ese algo es necesariamente un *objeto intencional*. En otras palabras, ser y ser-pensado son conceptos coextensionales. Esto es idealismo aquí y en cualquier lado. La segunda consecuencia sería bastante penosa para Brentano, ya que lo llevaría a la contradicción de que Pegaso existe y no existe. Empero, Brentano era consciente de este problema y respondió proponiendo que si parafraseamos la *aceptación* de Pegaso-no-existe como el *rechazo* de Pegaso-existe, no habrá problemas. Lo que hay que hacer, dijo, es emprender una *Sprachkritik* a fin de que podamos mantener nuestras preciadas tesis filosóficas. Algunos han visto en este proyecto de paráfrasis lingüística una similitud con las tesis de Russell en "Sobre la denotación", ya que en ambos casos parecería que se evita caer en las tesis de Meinong por medio de una reforma del lenguaje. Esta comparación no es justa para Russell. La teoría de las descripciones es correcta aun vista independientemente del proyecto de defensa de la noción de intencionalidad en la que estaba inscrita. La paráfrasis lingüística de Brentano, en cambio, no deja de ser siempre un tanto *ad hoc*; aquí el problema principal no es si se adecua o no al uso cotidiano del lenguaje (como es el caso de Russell), sino si las teorías del juicio, de la verdad y de la existencia que la subyacen, son defendibles en absoluto. Es esta labor crítica la que no encontramos en la obra de Chisholm.

Pero vayamos a la exposición de la psicología moral de Brentano. Lo primero que debemos tener claro es que no se trata de una teoría del juicio valorativo, sino de nuestras emociones, deseos, sentimientos y voliciones. La ética es para Brentano, lo mismo que para toda una tradición que emana de Aristóteles, una teoría de la corrección de nuestros deseos y emociones. La teoría del valor intrínseco de Brentano es entonces más que una teoría que explique cómo es que algún hecho en el mundo es bueno o malo en sí; es una teoría que explica de qué manera algunas emociones son buenas y malas. Chisholm hace notar que Brentano distingue tres tipos fundamentales de fenómenos mentales:

- (1) presentación;
- (2) juicio;
- (3) amor/odio.

Juzgar que *P* es en la teoría de Brentano aceptar o rechazar algún *P* presente en la conciencia. Los fenómenos emotivos de amor y odio, lo mismo que los fenómenos intelectuales de aceptación o rechazo, son actitudes ante un objeto presente. Ahora bien, así

como puedo aceptar correctamente o con verdad que *P*, puedo amar con corrección que *P*. Brentano mantiene una postura objetivista no sólo con respecto al juicio moral, sino también con respecto a las emociones. Si Luis ama la fiesta brava y Liz la odia, entonces uno de los dos está mal. La fiesta brava tiene un valor intrínseco que la hace buena o mala, digna de amor o de odio.

Si bien sólo hay dos fenómenos doxásticos fundamentales: aceptación y rechazo, Brentano distingue tres fenómenos emotivos fundamentales:

- (1) amor *simpliciter*;
- (2) odio *simpliciter*;
- (3) preferencia.

Brentano considera que esta división es exhaustiva; es decir, que todos los fenómenos emotivos y volitivos se *reducen* a alguno de los tres anteriores. Por medio de definiciones y paráfrasis muy ingeniosa, mas en ocasiones algo forzadas, Brentano reduce los fenómenos de voluntad, deseo, aversión, placer y dolor a algún tipo de amor u odio. Es justo decir que Brentano usa “amor” y “odio” de una manera general queriendo decir con ellos “emoción positiva” y “emoción negativa”, respectivamente. La idea de una reducción es interesante (especialmente si se desea hacer una lógica de las emociones) y recurrente a lo largo de la historia de la filosofía moral —G. E. Moore propuso algo similar en *Principia Ethica*. Sin embargo, hay dos críticas que podríamos presentar contra este sistema reduccionista. Una primera crítica es que la reducción de Brentano no parece ser exhaustiva. Parecería que a fin de tener un sistema completo de los fenómenos emotivos, necesitamos introducir un primitivo más, a saber, una postura de *tolerancia* ante ciertas cosas. Por ejemplo, puedo tolerar que Gagarin haya sido el primer hombre en el espacio, sin tener que amarlo, odiarlo o preferirlo a cualquier otra cosa (me da igual que Gagarin y no cualquier otro haya llegado o no por primera vez a la estratósfera). La segunda crítica va más a fondo ¿por qué hemos de reducir en absoluto la totalidad de nuestras emociones a alguno de los tres fenómenos emotivos detectados por Brentano? Una primera respuesta es que de esta manera podemos introducir una noción similar a la de *verdad* en nuestro análisis de la vida emotiva y del ámbito de la moral. Esto parecería permitirnos tener un sistema de psicología moral elegante, de validez universal y quizá hasta consistente. Pero la pregunta que nos planteamos de inmediato es: ¿qué tipo de estudio debe ser la psicología moral? ¿Debe ser, como Brentano y muchos otros han afirmado, una teoría sistemática, o debe ser, en cambio, un estudio de índole distinta, digamos no teórico, no reduccionista, no universal? La pertinencia de esta pregunta surge con la apreciación

de la incoherencia y vaguedad de nuestras emociones morales. Si por naturaleza somos moral y emotivamente *inconsistentes*, ¿qué sentido tendría una psicología moral presentada como un sistema consistente? ¿De qué manera podemos hablar de una noción como la de la "aceptación correcta de un valor intrínseco"? Me parece que estas son preguntas legítimas que deberían responderse antes de formular cualquier sistema reduccionista. Desgraciadamente Chisholm no las menciona.

Sin embargo, la crítica de fondo que se puede hacer al sistema ético de Brentano es que, al igual que en el caso de su teoría de la verdad, lo que *es* bueno y lo que *es* malo depende a fin de cuentas de lo que el sujeto acepte correctamente como tal. La corrección de las emociones morales, al igual que la corrección de nuestras creencias acerca del mundo, dependen de una actitud puramente subjetiva. De tal modo, igual que no se puede hablar dentro del sistema de Brentano de la existencia de algo a menos que mencionemos un sujeto que considere tal cosa con evidencia, no se puede hablar del valor intrínseco de algo a menos que mencionemos un sujeto que apruebe ese algo de una manera correcta. Pero parecería que nuestro discurso moral exige, de una manera casi natural, que pensemos en los valores morales *como si fueran objetivos*. Es más, de que sea correcto en ciertas circunstancias que alguien apruebe el aborto, no parece seguirse que aprobar el aborto sea moralmente correcto en otras circunstancias. Si el sistema ético de Brentano se toma al pie de la letra, el resultado que se obtiene es ver a la moralidad como algo intrínsecamente subjetivo. No puedo juzgar si esto es acertado o no; lo que sí puedo sostener es que el silencio de Chisholm ante este problema no es una virtud de su estudio.

Pero no quisiera causar una impresión negativa del libro. Hay en él más elementos interesantes de los que podrían caber en el espacio destinado a esta reseña. Los últimos tres capítulos se ocupan de los diversos problemas internos que surgen en el sistema de la psicología moral de Brentano y es aquí donde el análisis de Chisholm se muestra con toda su calidad y profundidad. Chisholm detecta con precisión diversos inconvenientes de la teoría del valor intrínseco y de la teoría de la corrección de las emociones, y propone reformulaciones y aclaraciones de algunas de las tesis de Brentano. De hecho, el último capítulo es una consideración, desde el punto de vista de la teoría del valor intrínseco, del problema teológico de cómo conciliar la tesis de que éste es el mejor de los mundos posibles (ya que lo creó un Dios presuntamente bueno) con el hecho de la existencia de tantísimo mal a nuestro alrededor. El problema de la existencia del mal, visto desde esta perspectiva, se convierte a fin de cuentas en el problema de cómo algo que es intrínsecamente bueno puede estar compuesto por partes malas (o

viceversa). Este es uno de los problemas fundamentales del sistema de Von Ursprung. La solución radica en adoptar lo que G. E. Moore llamó el "principio de las unidades orgánicas": el valor del todo no es idéntico a la suma del valor de las partes. Siguiendo esta lógica podemos concluir que a pesar de que en ocasiones carece de una adecuada postura crítica, el libro de Chisholm es en su conjunto recomendable.

GUILLERMO HURTADO

J. de Oria, *Summularum volumen primum...*, ed. de V. Muñoz Delgado, Madrid, CSIC, 1987, 326 pp.

Este libro reproduce el primer volumen de la obra lógica de Juan de Oria. En él se contiene la primera parte de sus sùmulas o compendios de lógica, que abarca tres tratados: el del concepto y del modo de concebir, el de los elementos de la dialéctica y el de las propiedades de esos elementos. Prepara la edición el ya muy conocido historiador de la lógica Vicente Muñoz Delgado, de la Universidad Pontificia de Salamanca.

En la introducción, a cargo de Muñoz Delgado, se nos da una biografía del autor de las sùmulas y una conveniente contextualización de su labor lógica en la época a la que perteneció. Allí se nos narra cómo el nominalista Oria enseña en Salamanca y es acusado de ciertos "errores" en una condenación nada clara. Se hace un elenco de las obras que nos ha dejado y también de las que menciona como proyectos.

Pero en la mejor parte de esta introducción se nos habla del horizonte del pensamiento de Juan de Oria. En ella Muñoz Delgado despliega su erudición histórica y lógica, como ya es costumbre en sus trabajos. Vemos en su exacto lugar el tipo de enseñanza que daban los nominalistas —grandes impulsores de la lógica formal y la semántica— y cómo la enfocaban en las sùmulas. Encontramos además la explicación de la ciencia en los escritos de Oria y la orientación de su obra hacia la teología. En seguida, Muñoz Delgado reconstruye el orden cronológico de las principales doctrinas de Oria, siguiendo como clave la vertebración que les da la teoría del conocimiento profesada por éste. Así, puede seguirse la estructuración sistemática de la doctrina lógica de Oria en toda su coherencia. Muñoz Delgado cierra su introducción con una abundante y bien seleccionada bibliografía.

La edición ofrece una transcripción moderna del latín hecha por Muñoz Delgado, quien tiene además el buen tino de añadir encabezados entre paréntesis angulares que, aun cuando no son de